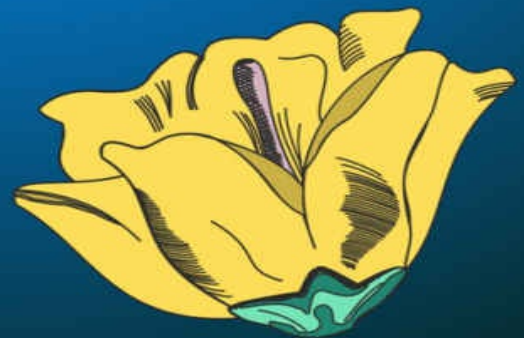


NIKO MONTEMER



En el
Jardín
DE AYER



En el jardín de ayer

Niko Montemer

Derechos de autor © 2020 Niko Montemer

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Diseños de la portada: Niko Montemer

I

«Cuando se oigan lamentos tras la higuera y sus hojas y sus frutos tiemblen sin que sople el viento; cuando el sol enrojecido se guarde para darle paso a la penumbra y se escuche que algo escarba la tierra del descampado; esa es la noche en la cual deberán cerrar la puerta con cuña y colgar una cruz en cada habitación de sus casas. Pongan seguro a las ventanas y junten las cortinas sin dejar rendijas abiertas. Duerman con la luz encendida, duerman acompañados por sus padres o hermanos. Cierren los ojos y recen cinco veces antes de abrirlos, porque si no lo hacen así, nunca más los volverán a abrir.

»A veces se acerca rascando las paredes, pero sus dedos de hueso no le sirven para romperlas. Entonces gime como un lobo adolorido y corre por el descampado reclamando lo que le quitaron: la vida. No intenten salir a verlo ni se asomen por la ventana ni cuchicheen entre ustedes, porque los escuchará. Si encuentra a alguien afuera, en la oscuridad, sin amigos que lo ayuden, lo agarrará de una pierna y lo arrastrará consigo hasta su tumba.

»Pero, otras veces, desoye sus propias reglas y sale en noches sin luna igual a esta. Se acerca en silencio, pegado a las paredes como una araña negra para confundirse con las sombras. Podría estar vigilándonos ahora, podría estar eligiendo a la víctima que se comerá esta noche; tal vez esté saboreando el olor de nuestro miedo, que se expande hasta los hoyos negros de su cara, restos de su antigua nariz; tal vez ya encontró entre todos nosotros al que más temor esté sudando, tal vez se está acercando más, y más, y... ¡¡¡buuuu!!!».

El corro se rompió y todos salimos disparados, despavoridos, gritando, llorando; empujándonos a manotazos para no ser los últimos en llegar a nuestras casas. El patio de la vecindad quedó desierto en un triscar de dedos, y la narración de aquella noche murió con la carcajada siniestra de un adolescente, llamado River, que no se contenía, que zapateaba de placer mientras nos observaba correr desde las gradas de cemento.

Eran frecuentes los encuentros nocturnos que armaban los menores del vecindario para relatarse historias tenebrosas. Cada miércoles se prestaba como el día favorito para hacerlo. Las sesiones extraordinarias ocurrían con los cortes de luz no programados, y todos los niños salíamos al patio, aprovechando la total oscuridad, tan oportuna para esos eventos.

Aunque la mayoría del grupo pasaba los diez años, nunca se excluía a nadie por la edad. De hecho, los más pequeños éramos los mejor recibidos, y no porque tuviéramos algo que contar, sino más bien, porque nuestra presencia garantizaba que la reunión terminaría en susto.

«Los *chibolos* se lo creen todo», había dicho mi padre entre risas aquella noche en que me vio regresar tembleque, blanco de susto y con la piel fría, tan idéntico a un pollo del congelador. Desde entonces me prohibió salir al patio después de las siete y colgó una campanilla en el travesaño superior de la puerta para oír la chillar cuando alguien la abría. Pero a pesar de la advertencia, yo no escarmenté y continué haciéndolo casi sin falta, encubierto por mi hermana mayor, Sandra, que salía conmigo enmudeciendo la campana con una borra de algodón. Me sentía seguro y feliz de que ella se interesara por esas narraciones tenebrosas tanto como yo, pero con el

tiempo descubrí que esas reuniones eran para ella solo un pretexto más de varios para salir a encontrarse con los chicos de su edad.

Fueron muchos los cuentos que escuché durante ese año en el cual mi hermana consiguió un novio quinceañero. Varias historias las he olvidado, otras las he confundido, y unas cuantas han mutado de tal forma que ya no son lo que alguna vez fueron. Mas el relato que mencioné al principio lo recordé al detalle varias lunas después, desde la oscuridad de una habitación abandonada donde me encontró el destino, mirando pasmado la pelota que retornaba hacia mí, apareciendo de la negrura absoluta junto a una silueta fantasmagórica que me hizo caer aterrorizado sobre las posaderas; deseé entonces haber obedecido a mi padre.

Pero primero debo aclararles lo que ocurrió esa mañana, media hora antes, porque todos estos hechos se iniciaron de forma simple, igual que comienza la lluvia, con una sola gota que apenas se siente y minutos después nos llega a emparar.

Desperté temprano y desayuné con mis padres. Estaba lleno de energía y la alegría se desbordaba por mis ojos, pues las vacaciones habían comenzado. No había tareas para ese día, solo una cantidad infinita de horas libres que quería llenar con aventuras y juegos. Salí al patio de la vecindad después de comer y pateé mi balón de futbol contra las paredes amarillentas de las viviendas hasta aburrirme. Correteé armando bullicio a más no poder para que mis amigos aparecieran y jugaran conmigo. Sin embargo, los otros niños permanecieron en sus casas. Los de mi edad aún dormían, aprovechando los feriados, otros cuantos se fueron de viaje, y los adolescentes, todavía en pijama en sus habitaciones, zarandeaban los dedos a velocidades increíbles, mirando pantallas de colores sin despegar los ojos, olvidándose de parpadear, menospreciando la existencia de un mundo real afuera.

Yo no tenía esos juegos, pero tampoco los necesitaba. «La imaginación es la creadora de los mejores juegos» era otra frase que repetía mi padre y a mí me sobraba para inventar mis propias aventuras. Pero malinterpreté el mensaje y una extraña idea atravesó mi cabellera desordenada, se me incrustó en la coronilla y se hizo mandato. Con esos ánimos reflejados en una sonrisa que desaparecería pronto de mi rostro enmugrecido, mi enclenque cuerpo tomó posición, y valiéndome de toda la fuerza que los filamentos de carne y hueso, llamados piernas, me concedían a esa corta edad, pateé intencionalmente la pelota. Esta se elevó haciendo una curva de tiro libre y me ofreció el pretexto perfecto para explorar un lugar prohibido.

Pude haber esperado o avisado a mi hermana mayor o a algún vecino adulto, pero me encaprichó esa idea de transgresión, de atrevimiento y, sin reparar en los peligros, escalé el montón de piedras negruzcas, grises y verdosas de la pirca. Ascendí hasta la mitad trepidando, aprendiendo que la tarea no era tan sencilla como lo creí, pues nunca hice algo semejante. Estiré el cuello y mi cabeza se asomó sobre las piedras que formaban el límite de la vecindad con el lugar abandonado. Tenía un ojo arrepentido y el otro temerario, y juntos seguían al balón, que rodaba silenciosamente sobre los cascajos, alejándose más de lo deseado, acercándose sin fuerza hasta un cuarto derruido en la esquina de esa soledad.

—¿Tal vez cincuenta metros? —Calculé, sin tener idea de lo que hablaba, pues aún no sabía medir distancias de esa forma, pero había escuchado que se decía así.

El viento me animaba a aventurarme; sin embargo, yo seguía quieto, aferrado al tabique de rocas como una lagartija que toma el sol y los zapatos bien clavados entre las piedras. Si saltaba la cerca, recogía el juguete y volvía, nadie se daría cuenta. Pero la misión comenzaba a enredarse en mi mente. La primera razón que me refrenaba era que la muralla fue levantada por los vecinos específicamente para evitar que los niños se metieran en esa propiedad. La segunda razón eran las historias terroríficas que llenaban mi cabeza con espantos. La tercera eran los ladridos amenazantes de perros que escuché en distintas ocasiones, pero nunca vi. Los dueños del terreno los llevaban de vez en cuando y los dejaban sueltos para que corretearan a sus anchas. La cuarta era la soledad, pues con cada segundo que transcurría, el paraje deshabitado se transformaba ante mis ojos en algo más grande y peligroso para invadirlo sin compañía.

—Yo puedo —intenté decir en voz alta; sin embargo, solo escapó un susurro de mi boca.

Giré la cabeza hacia el vecindario en un último intento de atisbar a algún compinche, pero nadie salió de su escondrijo excepto mi hermana menor, Emily, que no me vio. Entonces trepé veloz como un roedor hasta quedar encima de la barrera e impulsé mi cuerpo con las piernas antes de que la cobardía regresara y me detuviera. Amortigué la caída dando dos vueltas sobre el suelo y me raspé la rodilla con la gravilla. A pesar del ardor, me puse de pie sin soltar quejidos. Recorrí todo con ojos curiosos y agucé los oídos, parecía un gato al acecho, alerta, para no ser sorprendido si es que alguien aparecía.

Sabía que estaba mal, pero mi culpabilidad crecía al mismo ritmo que mi curiosidad. Recuperaría mi pelota y dejaría ese lugar. Avancé; el temor me ralentizaba. Los excrementos secos de los canes ausentes se rompían como cucarachas crujientes a cada paso mío. El polvo se levantaba a pesar de mi lentitud extrema y formaba una nube que me borraba los pies.

A la derecha, una higuera movía su fronda haciendo llover hojas caducas. En sus brazos torcidos cargaba frutos nuevos, como globos verdes desinflados. Era un árbol sediento, pero recio, que brindaba su sombra con amabilidad. A la izquierda, piedras deformes de antiguas paredes fueron reunidas en montículos rectangulares que se asemejaban a tumbas de gigantes y pasé por el costado con las piernas trémulas. Mas allá, frente a mí, el terreno se alargaba hasta un portón de lata. Lo sostenían dos columnas de cemento y fierro que vigilaban la calle. Al lado, los restos de la antigua casona cubrían el suelo, y un solo cuarto resistía de pie. Mostraba sus muros carcomidos por el tiempo y su techo abovedado con grietas gordas, como cicatrices de guerra. Una puerta chueca oscilaba y se sujetaba a los quicios doblados, casi partidos. Hacia allí debía ir yo, hacia allí se fue la pelota.

A medida que me acercaba a las ruinas, el sonido de los guijarros y la gravilla bajo mis zapatos se expandía por todo el patio cual restallido de cadenas. Llegué a la puerta con el corazón en la mano y adelanté la cabeza al interior. «¿Dónde está la pelota?», me pregunté. Todo estaba embebido en sombras. Solo unos guiones y puntos de brillo iluminaban débilmente como estrellas en el techo, conforme a las grietas que el tiempo intentó tapar con polvo y basura. Sobre ladrillos que hacían de piso columbré unas esteras desintegrándose, unos trapos descoloridos y latas vacías pintadas con óxido por fuera y por dentro. Ingresé hasta la mitad del recinto y descubrí que la habitación no era una sola. En la pared frente a mí había un enorme hueco en el que, a duras penas, pude ver una puerta a medio cerrar, y el interior absolutamente negro como un pozo sin fondo. Aquello marcó el límite de mi valentía.

—No daré ni un paso más —murmuré, y di media vuelta olvidando la pelota.

El sol se había detenido afuera, como si supiera a qué lugares no se debe ingresar. Los ruidos de los autos y los peatones de la calle aledaña, que antes se filtraban débilmente por las aberturas, terminaron por morir. Las sombras parecían moverse, agrandarse, hacerse más oscuras, y yo me sentía vigilado. Perseguí la claridad de la salida evitando pisar los pedazos de estera, pero un ruido de descascarar, casi un temblor del recinto, sacudió mis nervios y tropecé conmigo mismo. Caí sentado, alarmado, mudo. Luego, escuche algo que rascaba el suelo. Giré con temor, ¡era el balón! Rodaba y se acercaba a mis espaldas hasta que lo sentí chocar conmigo. La historia espeluznante de River revivió en mi mente; algo o alguien había pateado la pelota, algo o alguien vendría por mí y... ¡me mataría!

Aunque no quise, tampoco lo pude evitar. Mis ojos buscaron la dirección por donde apareció el esférico: la puerta del cuarto más oscuro. Algo deformado se movía allí dentro mientras yo me agitaba con pavor.

—¿Quién vino a visitarme? —preguntó una voz cansina que se materializaba con cada exhalación mía.

Los gritos se atoraron en mi garganta. De la oscuridad brotó una mano temblorosa, de falanges largas y arrugada como un fruto seco. Se extendió hasta casi tocarme la cara, pero volvió a alejarse confundiendo en la lobreguez. Forcé mis ojos hasta sentir que se salían de sus órbitas, y lo vi. Era una silueta monstruosa de cabeza alargada, de orejas tan grandes como las de un cerdo. Aquello no estaba quieto, se acercaba más al compás de los latidos atronadores de mi corazón a punto de estallar.

—¿Cómo entraste a mi casa? —preguntó ese ser.

Me vi arrastrado a una tumba, tumbado en tinieblas profundas donde esa quimera me devoraría.

—No tengas miedo, niño —habló una vez más el espectro.

La luz, que hasta ese momento había rehuído, se dignó a penetrar con más ímpetu por los huecos del techo, pues el sol se alzó en el cielo y cambió el ángulo de sus rayos. Vi con certeza a quien me hablaba; la estantigua se trocó gradualmente en un hombre destartado y harapiento que llevaba un sombrero de corona redonda y ala plana circular, la cual confundí al inicio por orejas.

—¿Puedes hablar? —preguntó agitando su saco de cáñamo plomizo.

En las manos llevaba manchas de caballo *appaloosa* del color de su chaqueta, y sujetaba en la derecha un palo que usaba de bastón. Lo movía con maestría, pues no escuché el martilleo contra el piso mientras se acercaba.

—Yo, yo vivo atrás de la cerca de piedra —logré contestarle—. Mi pelota se metió aquí, por eso entré a su casa, señor.

—Levántate, te estás ensuciando con el polvo —dijo el anciano mientras caminaba pausado

hacia la salida.

Me rodeó y evitó todo lo que podía causar ruido sobre el piso enladrillado. Sus zapatos desvaídos no mostraban diferencia absoluta con los matices del suelo y se deslizaban con suavidad, como si resbalara. Me puse de pie y observé al hombre que ya se hallaba bajo el dintel de la puerta. La luz lo envolvió formando una silueta de la que salían rayos luminosos, igual que salen de un sol eclipsado.

—Me alegra tener visitas. ¿Ya te calmaste? —preguntó sin voltear.

—Sí, señor —contesté mientras limpiaba mis ropas—. Discúlpeme por haber entrado a su casa sin permiso, no sabía que alguien vivía aquí. Solo quería recoger mi pelota e irme, pero el ruido que escuché antes de aparecer usted me asustó.

—Seguro que fueron las palomas — afirmó el hombre viejo—, cada día vienen a buscar yo no sé qué, o tal vez vivan en el techo. ¿Oyes?, ahí están otra vez.

El sonido era diferente al que yo escuché antes.

—Sí, oigo —respondí, y me concentré en el lugar inhabitable que, de forma misteriosa, comenzaba a sentirse acogedor.

La situación ya era lo suficientemente extraña. Tomé el balón y me acerqué a la salida, lo cual me permitió analizar aquel rostro senil. Era una cara de ojos hundidos, cerrados por el tiempo; su barba rala se espesaba más en el bigote y el mentón, y se desplazaba sin apuro hasta las patillas.

—Puedes llevar tu pelota, y si vuelve a caer, no tengas miedo de regresar. Solo asegúrate de que los perros no estén —mencionó con una sonrisa tristona.

Las arrugas de su frente se marcaron profundas, como un mensaje de cuatro líneas imposible de leer.

—Gracias, señor. No volverá a pasar —le respondí. Estaba listo para retirarme.

Ahí comenzó la semana más memorable de mi niñez. Aquel retal de mi existencia permanecerá siempre conmigo como una anécdota de matiz inigualable. Estoy volviendo a ese momento ahora. El olor a tiempos remotos de ese recinto portaba también en su polvorienta consistencia un dulzor grato, una fragancia de plantas y frutas azucaradas que yo quería saborear. Mi nariz aspiraba con profundidad ese perfume, mi lengua relamía el aire sávido y mis pies se detuvieron. El hombre observaba. Sus ojos contristados se agrandaron, hundidos en viscosidad invisible, semejantes a los de un pez. El resto de su cara permanecía pacífica, mansa.

—¿Cómo te llamas, niño? —preguntó mimosamente.

—Beto, señor —respondí, aun con la nariz elevada.

—Yo soy Antonio. Lo que hueles son frutas, flores y hierbas de mi jardín. Un jardín que era maravilloso, pero que ahora se deshace porque la fuerza que lo embellecía se esfumó hace mucho.

Después de lo dicho, su boca se cerró, y sus labios de tortuga, partidos y resecos, vibraron incontables veces. Parecía buscar palabras.

—¿Quisieras ayudarme a limpiarlo? —insinuó de pronto. Luego se apoyó sobre el bastón— Te recompensaría. Las plantas han crecido tanto que ya no me dejan pasar, como solía hacerlo cada día.

¿Alguna vez han hecho algo por alguien solo porque parece correcto? Fui atrapado por esa alma añeja que tenía el corazón en los ojos. Me di trabajo para las vacaciones, y no por la promesa de una recompensa, más bien por empatía y por la idea de vivir otra aventura. Le respondí:

—Sí quiero —reafirmé con la cabeza y mi boca abierta en forma de alegría.

El hombre encorvado añadió, ante mi respuesta, una minúscula sonrisa a su rostro. Esta crecía, igual que lo hacía la luz en la habitación.

—Intentaré hacerlo —agregué—, pero no vi ningún jardín cuando crucé la pirca. Solo vi la higuera.

—No lo viste, pero lo has olido —respondió el viejo dándole emoción a su voz—. Las cosas más valiosas no se encuentran fácilmente. Ocultas mantienen mejor su encanto, pero vale la pena buscarlas. Deja tu pelota un momento y acompáñame.

El viejo retornó a su cuarto, siempre ayudándose con el palo, siempre lento y suave como una pluma en el aire. Lo seguí hacia esa caverna cuadrada. Era un espacio más pequeño, más rancio y más deteriorado que el primero. En una esquina, la cama de Antonio parecía una hamaca de lo hundida que estaba. La cubrían pieles de oveja que servían de colchón, y al costado, una mesa de madera se fosilizaba con el polvo. «¿Cómo puede alguien dormir aquí?», me pregunté, y seguí observando el lugar sombrío. Antonio se movió hacia la derecha, donde una puerta tachonada con puntos de luz impedía el paso a la mañana.

—Ayúdame a abrirla, Beto —pidió Antonio.

Me acerqué. Una llave gorda estaba puesta en el cerrojo y la giré. Empujé con fuerza hasta hacerla crujir, pero resistía. Como raspaba el suelo, la pateé por la parte inferior mientras con las manos intenté levantarla. El polvo fino de la madera carcomida me hizo toser. Pedazos astillados caían, e inevitablemente, cedió para mostrarme lo que ocultaba.

—¡Guauu! —exclamé mientras Antonio se paraba junto a mí, silenciosamente.

Una selva apareció. Una que luchaba por permanecer verde y se enredaba consigo misma en ese apartado. Plantas trepadoras y arboles (que yo no conocía en ese tiempo) competían por los espacios. Se alzaban higueras, papayos, paltos, manzanos, naranjos y muchos otros. Las buganvillas, jazmines, hiedras, pasifloras y rosales trepadores se agarraban a los troncos con firmeza. Cactáceas con hermosas flores eran el festín de colibríes, y las hierbas aromáticas esparcían sus olores frescos. El pasto seco y crecido siseaba con el viento, igual que un campo de trigo. Eran tantas cosas aglomeradas pero bellas a pesar del deterioro que me quedé fascinado

contemplándolas. Y había algo más en su centro, algo diferente y de aspecto pedregoso cubierto por ramas y hojas secas.

—¡Este es mi jardín! —se animó a decir Antonio— Mis queridas plantas se han apoderado de todo. No las riego, pero ellas no mueren. Son como yo, se resisten a dejar este mundo y sobreviven con la poca lluvia que les cae de vez en cuando. Necesito que me ayudes a limpiar el camino hasta su centro. Ya mencioné que te pagaré por hacerlo; además, creo que te gustará pasar tiempo aquí. Lo puedo ver en tu cara.

El hombre mayor adivinó bien lo escrito en mi rostro. Todas las plantas enredándose para ocultar sus caminos me atraían como si escondieran un tesoro, como si fuera un mundo nuevo que solo yo podía descubrir. Sería mi secreto, mi nueva aventura.

—Señor Antonio, quiero ayudarle, pero debo volver a mi casa pronto —aclaré mirando su semblante rejuvenecido—. Regresaré mañana y traeré algo que me ayude a romper las ramas.

—Sigue derecho desde aquí hasta que llegues al centro —dijo él parándose sobre el lugar donde yo debía comenzar a limpiar—. Mira —continuó y apuntó hacia un murete junto a la puerta—, detrás de esas piedras hay herramientas que podrás utilizar para cortar las ramas. Recuerda hacerlo con cuidado, no quiero que te lastimes por mi culpa.

—¿Usted estará en su habitación?

—No. Pero si, por algún motivo, quieres hablar conmigo, me puedes encontrar junto a la higuera, por la tarde. Paseo por allí antes de que se duerma el sol. Cierra la puerta al salir, por favor.

El anciano se introdujo en la habitación, y yo, sin perder tiempo, corrí hacia la paredilla. Encontré lo que necesitaba bajo el alero caído en un estante armado con troncos. Los trebejos estaban recubiertos por telarañas y hojas secas que quité con las manos peladas. Tomé un machete aherrumbrado y comencé la labor. Di golpes al viento hasta hacerlo chillar, tajé incontables ramas, imaginando que me abría paso en la jungla. Pero mi exploración se detuvo cuando un manzano se atravesó y mordió el filo cortante de metal. A medio metro del raigal el árbol se dividía. Su tronco principal continuaba derecho hacia el cielo, donde muchas ramas saludables se multiplicaban y sus frutos redondos crecían con un rojo intenso, como el que pinta al amor. Pero la rama gruesa que nació en la horqueta se desvió sobre el camino, huía hacia una dirección imprecisa, colgaba como una barra de acceso cerrado, triste y casi muerta. Era necesario cortar ese brazo deforme para liberar al manzano de la carga inútil, para rescatar el machete y para avanzar hacia el centro del jardín. Usé una sierra con pátina en el mango y en el arco. Su hoja desdentada tardó en cortarla, pero sirvió a su fin con un poco de paciencia.

Cuando recuperé el machete, continué el trabajo dando golpes feroces. Ramas y hojas llovían sobre mí y un colchón de vegetación se formó en el suelo. Mis pies se hundían al caminar, las ramas o me hacían cosquillas o me raspaban. No recuerdo la razón por la cual vestí pantalones cortos ese día, era algo inusual. No me gustaba hacerlo porque mis piernas blancas resaltaban del resto de mi cuerpo más tostado, como si no pertenecieran a la misma persona o llevara puestas unas medias de nilón blancas. Pero no podía cambiarlo y continué. Cargué los desperdicios hasta la única esquina libre junto a la puerta y, con un rastrillo, jalé la hojarasca que se escapaba de mis

manos. Sus puntas de metal ahuecaban el musgo seco del suelo y golpeaban algo duro. Poco a poco apareció una obra artística escondida. Piezas planas, que variaban de forma, se pintaban de colores: claro, crema, amarillo, verde, otras eran plomas, y las más oscuras, negras como mis cabellos. Era una senda de piedra laja que entraba en la Amazonía cual anaconda. Su piel dura refulgía con el sol, ese sol que también me quemaba la cabeza.

Era hora de volver a casa antes de que mi madre me busque. Llevé las herramientas a su lugar y entré en la habitación del proyecto.

—¿Señor Antonio? —llamé, pero él no estaba allí.

Pasé sin esperar y junté la puerta, tal como me lo había pedido. Tomé la pelota y salí de esas tinieblas.

En casa, mi madre preparaba la comida. Me acerqué a verla y la boca se me hizo agua cuando el olor a carne asada se encontró con mi nariz medio tapada. Puede ser que almorzáramos eso en otra ocasión y que, en realidad, cocinara algo más aquel día, pero siempre que pienso en los platillos de mi madre, el olor a carne asada y el dulce de torta con pasas llega a mi mente y lo puedo sentir en mi paladar ahora, mientras lo narro. Sea cual fuera la verdad, aquella tarde, ella me miró con desagrado por mi aspecto cochino y, sin devolverme el saludo, me envió de inmediato a bañar y a mudar de ropas. No se percató de mi herida en la rodilla, pues con tanta suciedad en las piernas, hasta yo había olvidado en cuál de ellas la llevaba, y solo volví a sentir la herida cuando el agua de la ducha fría la lavó y la hizo arder. Me cambié y bajé a comer vistiendo ropa con olor a limón. Durante el almuerzo, nadie me preguntó cómo me había ensuciado, pues los niños nunca volvíamos a nuestras casas limpios. Lo extraño hubiera sido verme todavía pulcro. Mis padres conversaban, Sandra ayudaba a Emily a cortar la carne y yo no dejaba de pensar en ese jardín. Quería verlo limpio y jugar por todos sus rincones.

El sueño me llegó temprano esa noche, y mis brazos pesaban más que las piedras del muro que crucé. Mis palmas cosquilleaban y se sentían ablandadas, especialmente la de mi mano derecha. Me sobé los ojos intentando no dormir porque quería seguir soñando despierto. Miraba el techo oscurecer. «Mañana iré más temprano, así el sol no me quemará tanto», pensaba yo. «Llevaré un pantalón para que... las ramas no me raspen... para que no me... raspen...».

II

Despertar temprano nunca fue sencillo. El sol no entraba directamente a nuestra casa y nos visitaba a partir de la una de la tarde. Pero su luz se reflejaba sobre la ventana de mi habitación a las seis de la madrugada al chocar con la pared blanca de la casa de enfrente. Eso hacía gritar al gallo del vecino, que hinchaba su pecho y soltaba su canto al aire para derrotar al silencio. Los badajos se unían al alboroto, martillaban sin tregua las campanas de la iglesia, y en la cocina de mi casa las tapas de las ollas bailaban con el agua hirviendo mientras los locutores de voz profunda de la radio le daban las noticias diarias a mi padre. Pero yo ya estaba acostumbrado a todos esos ruidos cotidianos y podría haber dormido hasta el mediodía con facilidad aunque el mundo se hubiera partido en dos, si no fuera porque mi cerebro estaba programado, más alerta que de costumbre, y reaccionó como cuando me obligaban a ir al colegio con un golpe en las nalgas.

Mi madre servía el desayuno, Sandra enfriaba el té de mi taza para que yo pudiera tomarlo. Lo pasaba de un jarro a otro y soplaba el hilo humeante de agua hervida. Mi padre terminó primero que todos y antes de irse, le indicó a Sandra los quehaceres de ese día y a mí me dejó la tarea de ayudar a limpiar la tienda.

—Lo haré — contesté, pero no dije cuándo.

Me alegré al verlo partir y esperé contando con los dedos. Cuando calculé que ya debía estar lejos me levanté y corrí hacia la puerta. Mi madre se había retirado a su cuarto para arreglarse, y eso significaba que Sandra ahora poseía la autoridad sobre mí. Ella detuvo mi plan.

—Beto, ¿a dónde vas? Tienes que ayudarme a limpiar la cocina y a lavar los platos, después puedes salir a jugar si quieres, pero no antes.

«No por mucho madrugar, amanece más temprano», pensé, porque aprendí su significado en ese instante. Me costó una hora de trabajo el obtener la aquiescencia de mi hermana y otra más para limpiar la tienda. Me prometí no volver a despertar tan temprano.

Por fin salí. Afuera, unos vecinos conversaban en el callejón comunitario. Avancé silenciosamente por el costado, pegado a la pared como una figura egipcia que los miraba de soslayo; me sentía un ninja invisible. Los adultos, que sí me vieron, pero me siguieron la corriente, continuaron su diálogo sin inmutarse ni dirigirme la palabra, y luego se despidieron entre ellos dejando la escena. Aproveché el momento, salté el muro y lo hice con mayor facilidad esta vez, pues la práctica del día anterior me había entrenado. En total realicé esta operación durante seis días. Cada mañana empujaba un par de piedras de la pirca para que me fuera más sencillo entrar y, debido a esto, el último día, una hendidura grande en la línea regular del cerco era visible desde la distancia.

Siempre era igual allí dentro. Yo llegaba, escuchaba ruidos, Antonio aparecía para recibirme y luego me dejaba solo con las plantas. El jardín ganaba orden con mi esfuerzo, el camino se alargaba y todo parecía llenarse de más vida. ¿Sería porque yo quitaba las ramas muertas? Al cuarto día me asomé a su corazón pétreo encerrado por rosas salvajes, parras y enredaderas. Ellas

se entrelazaron con afán y crearon una jaula, como una tela de araña. Sentí lástima por tener que cortarlas, pero debía hacerlo para rescatar el centro del olvido.

¿Y que había allí? Era una fuente labrada en granito, totalmente seca. El camino se juntaba a una base hexagonal y en cada uno de sus lados, había un banco de mármol rosado con espaldar de fierro curvado a manera de concha marina. Ellos y unos arriates rodeaban la fuente que se alzaba más al interior, y que si hubiera tenido agua fluyendo, se habría visto cual dama con vestido antiguo, esos de armazón metálico, abultados y redondos. Las paredes externas del estanque mayor estaban alicatadas y en sus azulejos se dibujaban formas arabescas. En la parte central, el cuerpo columnar sujetaba tres platos: uno grande, otro mediano y el último, más arriba, pequeño. Allí se posaban seis aves de bronce mirando hacia afuera con las alas desplegadas, listas para elevarse al cielo azul. Antes de terminar, el pilar se estiraba y mostraba su remate: una flor de bronce que brillaba amarilla y verdosa bajo el baño de suave luz.

Mis ojos prodigaban asombro como las estatuillas, belleza. Me puse a saltar pensando en que pronto terminaría el trabajo. Entoné una canción de niños que los árboles acompañaron con el bullicio de sus copas.

—¿Quién eres tú? —inquirió una fina voz que vino de la fuente y detuvo mi arrobamiento.

Desde los agujeros que ofrecían las ramas, atisbé a una señora sentada, sumisa como una paloma caída. Sus cabellos eran de ceniza mezclada con nieve, amarrados en dos trenzas largas de las que no encontré la punta.

—Buenos días, señora, me llamo Beto. Estoy ayudando al señor Antonio a limpiar el jardín.

—¿Mi esposo te pidió que vinieras?! —murmuró la anciana, y se levantó.

Era hermosa detrás de su apergaminada piel, como una muñeca vieja que ha perdido el color, excepto en los ojos. Acercó su cuerpo diáfano a mi ladeándose. Sus pasos eran cortos pero constantes. Yo retrocedí por puro reflejo, aunque ella no me podía alcanzar, pues la maleza le impedía el avance.

—¿Mi querido esposo quiere arreglar nuestro jardín de amor?, no lo sabía —declaró desde allí dentro—. Eres un buen niño por ayudarlo. Yo me llamo Inés.

—Mucho gusto —respondí haciendo una reverencia con la cabeza.

—Sigue con tu tarea, pequeño. Que mi presencia no te inquiete. Yo me sentaré a contemplar la fuente, y a esperar a mi marido.

—Está bien. Con su permiso — contesté, y tomé el rastrillo que dejé sobre el camino.

La anciana me miraba quitar los desperdicios del suelo, y una sonrisa le cruzó la cara. Luego se alejó entre las ramas. Yo iba a la esquina llevando las hojas y regresaba con las manos vacías, hasta que el apetito me impidió continuar. Me acerqué a las ramas para despedirme de ella, pero no la pude encontrar. Regresé al cuarto oscuro, Antonio tampoco estaba. Observé por unos segundos aquella habitación hendida. El descuido del lugar, la ausencia de utensilios, la suciedad

del piso, el olor a abandono; todo eso me confundía.

Dejé el cuarto y trepé el muro para volver a casa, pero la voz de Antonio me detuvo antes de saltar.

—Beto, espera —dijo apareciendo al costado de la higuera con aire de preocupación—. Por favor, debes acabar el trabajo ¡ya! —suplicó.

—Pero no me puedo quedar más, me tengo que ir —contesté con franqueza.

Me recosté sobre el muro, de cara al cielo. Aquella posición develó mi cansancio; mi endeble cuerpo pedía descanso.

—He limpiado casi todo, ¿no es suficiente así? —agregué apoyando mi cabeza sobre las piedras; eran cómodas, suaves.

Por el cielo corrían nubes aborregadas con formas fantásticas. Formaron una montaña que luego se volvió un oso de peluche y al final... una hamburguesa.

—Beto —volví a escuchar—. Así como las nubes, tú has transformado el jardín. Limpia la fuente; cuando llegues a ella habrás terminado, te lo prometo. Pero debes acabar cuanto antes.

—Terminaré mañana —le aseguré antes de saltar, y lo vi relajarse nuevamente.

III

—¿No es peligroso, Beto? Mi papá se va a enojar.

—No va a pasar nada, Emily. Ya te dije que yo he venido varias veces. Necesito que me ayudes, ¿vas a venir o no?

La vi recostarse sobre las piedras. Sus cabellos, amarrados en una cola de caballo, se agitaban de un lado a otro. Sus ojitos no lloraban, pero me hacían pensar que hubiera sido mejor dejarla en casa.

—Salta, Emily, no te va a pasar nada —le dije por enésima vez mirándola sufrir como yo lo hice el primer día.

Cuando por fin brincó, la llevé conmigo del brazo para apurarla. Ella abría la boca tragando curiosidad, y sé que si no la jalaba, se hubiera detenido a observar cada montón de piedras y cada pared caída. Tardamos otro tanto para atravesar los cuartos, porque Emily holló sus zapatillas rosadas en la entrada, asustada por las tinieblas. Ni Antonio ni Inés respondieron a mis llamados, pero no le di importancia. Ingresé para abrir la puerta del jardín y dejar pasar la luz al cuarto. Mi impavidez y la iluminación le dieron confianza a Emily, que se acercó lentamente. La volví a tomar del brazo cuando llegó a mí y cruzamos juntos hacia el jardín. Los momentos de temor se borraron de su memoria al ver la magnificencia de la vegetación y la fuente. Se zafó de mi mano, se echó a correr en campo abierto y saltó bajo los árboles intentando agarrar los frutos colgantes. Era obvio que no los alcanzaría.

—¿Y qué voy a hacer? —me preguntó cuando su jolgorio terminó.

—Vas a llevar la basura a esa esquina —respondí extendiéndole el rastrillo y señalando las ramas hacinadas.

A pesar de mis dudas, nuestro trabajo coligado funcionó a la perfección, porque en corto tiempo yo había partido las ramas que envolvían la fuente y Emily se las llevó rápidamente. Ella bamboleaba la cabeza con alegría y tarareaba algo, como si fuera un premio hacer ese trabajo. Limpiamos más de lo esperado, más de lo que me pidió Antonio, y entonces tuvimos tiempo para jugar. Treparamos a la pileta, miramos los dibujos de los azulejos y corrimos en círculos dentro de la fuente mayor. Después me encaramé a un manzano y cogí algunos de sus frutos jugosos, cada vez más rojos, cada vez más grandes. El pasto se extendía como una alfombra de musgo, tan verde, tan suave y tan amplia que nos antojamos de tirarnos sobre ella. El cielo azul zafiro resplandecía más allá del follaje. La selva chuchurría del primer día se había transformado en un vergel paradisiaco. Y mientras masticábamos los frutos dulces, nuestras cabecitas se alzaron al escuchar un murmullo de pilones. Era la fuente de granito volviendo a la vida. Las estatuillas escupían cataratas plateadas hacia el cielo y llenaban los pozos aprisa. Nos acercamos con algazara y chapoteamos las manos hasta empaparnos todo el cuerpo sin siquiera preguntarnos cómo el agua había comenzado a fluir.

Por tal motivo, tardamos en advertir que teníamos compañía, que cuatro ojos nos seguían desde una banca. Eran un hombre y una mujer que no se inmutaron, aun cuando nosotros nos sacudimos con sobrecogimiento. En ese tiempo no pude adivinar la edad de esas gentes. Sin embargo, hoy me atrevo a asegurar que no pasaban los cuarenta. Parecían vivir dentro de una pintura porque solo sonreían y se tomaban de la mano. Yo me contagié de su imagen tullida y no les quité la mirada de encima mientras Emily se colocaba a mis espaldas. La cubrí sabiendo que era mi deber protegerla.

—Beto, no tengas miedo —dijo el hombre robusto, poniéndole suavidad a cada sílaba, como si cantase las palabras—. Quiero agradecerte por todo lo que hiciste en el jardín. No puedes imaginar la felicidad que has traído a este lugar.

—Ya cálmate —secundó la mujer en una octava de voz más alta. Sus ojos de jade relucían bajo el sombrero—. Tenemos algo para darte.

Este momento me invade muy preciso, como una serie de fotografías, porque cuando los vi levantarse y acercarse a nosotros, advertí la peculiaridad de sus facciones risueñas y sus ropas elegantes de uso anticuado. Sus rostros eran lozanos y frescos como si acabaran de bañarse y perfumarse. Caminaron con soltura sin separar sus manos y se detuvieron muy cerca de mí. Él se quitó el sombrero de copa redonda como si quisiera que lo viera bien, y ella inclinó la cabeza para hablarme.

—¿Quién es la niña que te acompaña? —preguntó la señora.

Su vestido parecía una copa de champaña con el borde al piso y subía hasta cubrirle levemente los hombros.

—Es mi hermana —respondí y atisé la cabeza de Emily que se asomaba a mi costado—, vino a ayudarme a limpiar el jardín.

Emily salió de mi torso y se presentó ante ellos remilgándose.

—Buenos días, me llamo Emily.

—Hola, Emily —contestaron ambos, y luego prosiguió la mujer de cintura diminuta—: Entonces, necesitaremos pagarte a ti también. Dime, ¿qué te gustan más, las flores o las aves?

—Mmmm, las flores, creo —contestó Emily sonriendo con duda, como si resolviera un acertijo, y volteó la cara hacia mí buscando la respuesta correcta.

—Tal como lo pensaba —afirmó el hombre haciendo aletear su bigote al hablar, y sus cejas se levantaron formando ondas graciosas—. Las aves serán para Beto, una por cada día de trabajo. Y la flor para Emily, por su gran ayuda hoy.

—Muy bien niños; entonces harán lo siguiente —continuó el hombre de pómulos salientes—: Mañana por la mañana cruzarán la pirca una vez más y encontrarán su premio en esta fuente.

Y su pago les espera donde la higuera del descampado da más sombra, entre las piedras que

cruzaron y el tronco del árbol. Encontrarán un corazón tallado en su corteza. Escarben la tierra, justo en esa dirección y, sin duda, hallarán lo que deben hallar.

—Les estaremos por siempre agradecidos —añadió la dama—. Beto, eres un buen niño, gracias por haber escuchado a los ancianos. Ahora vayan a sus casas y mañana recojan sus premios. Solo recuerden que debe ser mañana y no otro día.

—Gracias —contesté, y tomé a mi hermana del brazo. No era miedo. Emily se hubiera quedado más; ella los miraba con fascinación. Yo, en cambio, limité mi confianza, pues aquello que los hacía especiales, me parecía copiado de otros—. Vamos, Emily.

La pareja regresó al asiento, nosotros a la habitación. La mejor memoria que tengo de esas personas es el instante en que inclinaron la cabeza. Era como si se hablaran sin palabras, como si nada más les importara. Pensé que llorarían, pero sus sonrisas decían lo contrario. Eran tan diferentes y a la vez eran uno solo. Se besaron en ese edén lleno de flores y aguas claras mientras yo cerraba la puerta.

IV

El día del recojo encontramos la marca del árbol, tan clara como si la hubieran tallado recientemente. La corteza abierta se mostraba más blanca que el resto del tronco. Los bordes del corazón habían cicatrizado formando una bamba; era imposible equivocarse. Abrimos un hoyo al pie de la higuera, bajo esa marca, entre dos raíces gordas. Sin necesidad de cavar mucho, chocamos con algo que sonaba hueco. Resultó ser la tapa de metal de una lata cuadrada, igual a una caja de bombones. Desobstruimos sus costados para sacarla por completo y la tomé entre mis manos.

—¡Pesa! —exclamé, y se la di a Emily para que también se sorprendiera.

—Sí, pesa —repitió ella; y sonreímos en complicidad.

Al abrirla, nuestros ojos se pusieron redondos, porque encontramos una bolsita de tela de cabuya que guardaba monedas deslucidas. Tenían un escudo de armas en uno de sus lados y el busto mal acuñado del perfil de un hombre en el otro. Emily y yo nos abrazamos en un jaleo desaforado bajo los brazos de la higuera.

—¡Un tesoro, un tesoro! —gritamos sin tener idea de su valor.

Nos amansamos en breve y avanzamos hasta el cuarto oscuro para recoger el siguiente regalo. Llamé a Antonio, a Inés y a la pareja sin nombre del día anterior, pero el lugar era una cueva deshabitada donde el eco me devolvía las palabras. El lugar se estremeció cuando nos disponíamos a entrar, y en ese instante atiné de lo que se trataba. Eran las paredes, pedazos de ella se desprendían desde afuera y debilitaban su estabilidad. Emily se amilanó por tal motivo y no quiso entrar.

—Espérame aquí — le ordené con derecho, por ser un año mayor, y la alejé unos metros para evitarle el peligro.

—No, Beto. ¡No entres! —me rogó.

—Tranquila, regresaré pronto —contesté sujetándola por los hombros.

No he de negar que mientras entraba en la habitación por última vez, mi cuerpo temblaba sin remedio. Por eso lo hice rápido, y pronto me vi parado en la portezuela del jardín. Allí, el panorama del día anterior no era el que yo recordaba; todo estaba abandonado, destruido, muerto. Avancé confundido entre la maleza, miré hacia atrás para confirmar que no me había equivocado de lugar. El pasto verde donde ayer me recosté era solo paja seca. Las plantas y flores de colores eran cafés y amarillas. No había frutos ni fragancias deliciosas en el aire y el camino que limpié con ahínco se veía viejo como todo el resto. Llegué a la fuente que no tenía ni una gota de agua en su interior ni parecía haberla tenido nunca. Sus formas circulares y perfectas se habían quebrado y torcido, como las hojas secas, y la columna en el centro, ahora se asemejaba a un esqueleto sin cabeza. Estaba partida, caída, sus azulejos hechos picadillo, sus estanques rotos y las piedras que

la formaban se repartían por el suelo como morrillos. Las banquetas eran bloques grandes desparpajados sin orden, sin color, y en pedazos.

Pero metido entre ese desorden singular y deprimente, divisé los premios que mencionó la pareja. Eran objetos que ayer brillaban de hermosura, casi como el sol y completaban la perfección de la fuente. Ahora estaban sueltos en el olvido sobre una piedra de mármol ennegrecido. Seis aves y una flor, en las cuales se podía leer el tiempo infinito que pasó en un solo día. Figuras de metal frío que acaricié como a seres fallecidos y, quitándome el polo de mil aventuras, los envolví con cuidado y ternura para llevarlos conmigo. Corrí hacia la puerta y crucé las habitaciones sin mirar atrás ni deseos de llamar a sus habitantes.

—Vámonos, Emily, debemos marcharnos de aquí —le pedí a voces y sin detenerme cuando la encontré afuera.

—¿Por qué?, ¿qué pasa, Beto? —preguntó siguiéndome.

—Te diré en casa, ahora vámonos.

Acucí a Emily a saltar el cerco, fui algo tosco, pero no quería seguir allí. Cuando cruzábamos el patio de la vecindad a toda prisa fuimos sorprendidos por una vecina.

—¿Mucho calor? —preguntó la señora al verme.

Afirmé con la cabeza y continué sin detenerme con mi atadizo apoyado al pecho y seguido por Emily. Entramos a la casa resollando y nos refugiamos como delincuentes en nuestra habitación. Teníamos los ojos tiesos y sudábamos mientras escondíamos los artículos en un cajón del ropero, detrás de medias y calcetines, pero no resistíamos la tentación de mirarlos a menudo. Éramos dos ratoncitos asustados que vigilábamos la puerta del cuarto. Abríamos el cajón y lo cerrábamos rápidamente cuando escuchábamos algún ruido fuera. El transcurrir de la hora se llevó la emoción primera y, sin darnos cuenta, terminamos entretenidos con otros juguetes sobre el piso hasta que oímos la voz de nuestra madre llamándonos para almorzar.

Tomamos nuestros puestos alrededor de la mesa y sentimos el calor de la sopa caliente subir en forma de humo hasta la cara. Mi padre había llegado con unos helados de chocolate que prometió darnos si nos terminábamos la sopa y todas sus verduras. Eso nos animó y comenzamos, pero no habíamos consumido más de cinco cucharadas cuando fuimos interrumpidos por un bramido que hizo temblar la mesa. Fue como si el cielo se cayera, como un trueno, pero no había nubes. Mi padre se levantó de inmediato y salió al patio. El resto de la familia lo seguimos. Muchos vecinos ya estaban afuera, parados junto a la pirca que daba al descampado desde donde observaban una nube seca que se acercaba, crecía, y los hacía toser. Yo no lo entendí hasta que mi padre volvió con nosotros y nos dio la noticia.

—La casona vieja se ha derrumbado —dijo—. Entremos a la casa antes de que llegue el polvo.

Emily y yo nos miramos.

—¡No! —gritó Emily, y yo sentí mis ojos derretirse en lágrimas— ¡Tienen que ayudarlos!

—¿De qué hablas, Emily? —preguntó mi padre, frunciendo el ceño. Ella solo lloró; entonces la pregunta recayó en mí —¿Que está pasando, Beto?

Quise contarle todo, pero ¿cómo podía hacerlo sin delatar lo que hice sin permiso? Balbucí las respuestas sin que él lograra comprenderme. Emily continuaba llorando en silencio, con las manitas cubriendo los gestos arrugados de su cara. Entramos a la casa y nos hizo sentar en el comedor.

—Hijo, si alguien necesita ayuda, no debemos esperar —me dijo inclinándose, y puso una mano sobre mi mejilla—. Cuéntame lo que te pasa.

Sus palabras dulces continuaron y sus caricias secaron mis lágrimas. Confesé lo que hice y hablé de las personas que conocí en la casona vieja. Mi padre no estaba molesto, pero sí apurado. Apenas escuchó que había personas habitando ese lugar, salió de la casa.

Habría pasado una hora tal vez, él volvió y nosotros ya habíamos terminado la sopa y el helado, pero seguíamos en el comedor, jugando a las cartas con Sandra.

—No había nadie en esas ruinas, así que ya pueden dejar de preocuparse, niños —nos dijo. Pero yo, de alguna manera, aún me sentía culpable.

Esa noche, cuando Emily y yo ya descansábamos en nuestra habitación; nuestros padres vinieron a darnos las buenas noches. Mi madre se sentó sobre la cama de Emily y mi padre en una silla que giró, dejando el espaldar delante, y apoyó sus brazos sobre este.

—Niños, hay algo que no han terminado de contarme. ¿Qué les regalaron esas personas?

—Tú —me dijo Emily, y se tapó la cara con la frazada dejando solo sus ojos.

Me levanté. Saqué la caja metálica y mi polo con las estatuillas. Puse todo sobre el escritorio para que mi padre haga su inspección. Él parecía confundido, como si la materialización de esos objetos desbaratara sus hipótesis.

—¡Esto es real! —exclamó.

Alzó las estatuillas y las sobó con la mano, hizo lo mismo con las monedas, les daba la vuelta y murmuraba las letras borrosas. No se cansaba y no nos dijo nada, como si en ellas existiera algo que solo él comprendía.

—¿Estamos castigados? —preguntó Emily.

—No —respondió y nos volvió a mirar—, pero yo guardaré estos objetos hasta que ustedes crezcan y podamos decidir lo que haremos con ellos —sentenció.

Mi madre nos arropó, y ambos nos besaron la frente antes de marcharse de nuestra habitación cargando nuestros tesoros en mi polo sucio.

V

—¿Se han dado cuenta de que Renato nunca viene a estas reuniones? Si quieren lo pueden llamar ahora mismo, pero no saldrá y yo les contaré por qué —aseveró River hablando bajo y con lentitud para darle más dramatismo a sus palabras—. Escuchen bien porque esto es cierto y sucedió hace nueve años, cuando yo era pequeño:

«Era una tarde de cielo despejado. La brisa cargaba un silbido, un aullido casi inaudible para todos, pero nosotros lo logramos escuchar cuando pasó por este mismo espacio. “Vengan”, nos decía, “acérquense”, y luego se marchó hasta apagarse en el terreno desolado. El muro de piedra no existía, tampoco había perros que nos ahuyentaran. Era más sencillo entrar a ese lugar que ir hasta el parque a jugar. Y la tentación crecía, o quizás la necesidad de acercarnos, una necesidad que resistimos por mucho tiempo, hasta esa tarde.

»Éramos cuatro: Diego, Jaime, Renato y yo. Pisamos las tierras de ese paraje prohibido cuando el cielo claro comenzaba a ponerse gris. El frío del aire y los silbidos del viento se ocultaban en pequeños remolinos que bailaban a muchos metros de distancia. Las hojas de la higuera temblaban sin descanso sobre nuestras cabezas intentando advertirnos, pero nosotros no interpretamos aquella señal a tiempo.

»Llegamos hasta los montones de piedra, nos arrodillamos sobre la tierra seca para jugar a buscar tesoros y abrimos hoyos con ayuda de unos palos. Sac, sac, sonaba el cascajo y dejaba salir un olor extraño, un leve hedor que se acentuaba cuanto más cavábamos. La tierra se volvía arcillosa y húmeda y nos engañaba con la facilidad con que se dejaba sacar. Diego, Jaime y yo dejamos de escarbar porque escuchamos el chasquido desesperado de las ramas de la higuera. Nos levantamos para mirarla, pero Renato no escuchó. Él jalaba la tierra con ambas manos, como si quisiera ganarle al viento que nuevamente comenzaba a aullar. El cielo se tapó con estratos de nubes y la sombra trajo frío a nuestra piel. Renato había encontrado algo. “Miren”, nos dijo, y nosotros nos acercamos. En el hoyo se asomaba algo redondeado, como un balón. Él lo limpió y lo jaló con ambas manos, pensando que había hallado algo valioso.

»Vimos salir ese objeto escupiendo tierra por varios huecos. La lengua de Renato se atoró en su garganta. Soltó esa cosa que tenía dos enormes cavidades oculares al frente y que aunque ya no tenía ojos, parecía clavarle la mirada. Cayó de vuelta a la tierra y antes de que nosotros huyéramos, nos dijo algo, una palabra apagada chirriando los dientes de su mandíbula desprendida, un susurro... ¡¡¡buuuu!!!».

Nuevamente salimos corriendo del lugar ahuyentados por el relato. No me asusté tanto como otras veces, sin embargo, esa fue la última reunión nocturna a la que asistí.

VI

El tiempo pasó: días, semanas, meses, años. Una tarde, cuando volvía del colegio, la pirca había desaparecido, y en su lugar se alzaba una pared alta de ladrillos. El no volver a ver el terreno al otro lado trasladó las memorias de lo que viví hasta la parte más oculta de mi mente y se quedaron allí, esperando. La vida seguía su curso y yo aún la sentía eterna. Solo el espejo me mostraba que las cosas cambiaban y, de pronto, algo de bello delgado se asomó a mi rostro. Mi cuerpo se estiró hasta hacerme más alto que mi hermana Sandra, pero delgado como un palo. Mi padre se acercó a hablarme.

—Alberto, quiero que más tarde vengas conmigo a dar un paseo. Te voy a presentar a alguien.

Salimos juntos por las calles del barrio y solo dimos la vuelta a la manzana. Durante el corto trayecto hablamos acerca de mis recuerdos de infancia, de las cosas que le conté sobre las ruinas cuando tenía siete años. Nos detuvimos repentinamente junto a una puerta de metal pintada de plomo. Hubiera debido reconocerla de inmediato, pero nunca la había visto de aquel lado. Era la entrada principal al terreno, sujeta por sus columnas de cemento. Al costado, donde antes estaban las ruinas, ahora se levantaba una casa recientemente construida. Él tocó la puerta y en unos segundos salió alguien a recibirnos.

—Ah, llegan puntuales. Pasa, Leo —lo saludó un hombre de mejillas sonrosadas.

—Gracias, amigo José. Este es mi hijo, Alberto.

Saludé con una voz tímida y algo avergonzado, pues pensé que me llamarían la atención por lo pasado hacía muchos años. Mi padre, me puso un brazo sobre el hombro.

—Alberto, el señor José tiene algo que contarnos, seguro que te agradará. Cambia de cara, todo está bien —me alentó, y luego se dirigió al dueño de casa—. Así como te dije antes, me gustaría que le cuentes la historia de este lugar a mi hijo, me parece que le resultará muy interesante.

—Claro que sí, pero pasen primero y tomen asiento.

Puse mis pies en el interior de aquella casa nueva de paredes celestes y techo blanco. El espacio estaba iluminado y limpio, muchos cuadros pintorescos y muebles de madera ornamentada lo llenaban de vida. El juego de sala donde nos sentamos era de cuero, blanco, de estilo contemporáneo. A pesar de todas las cosas nuevas y los colores, yo todavía veía los cuartos lúgubres que alguna vez ocuparon ese mismo lugar.

Grandes ventanas miraban al patio por donde, años atrás, yo caminé solitario desde la pirca hacia el último cuarto en pie. Sentí nostalgia y un estremecimiento por todo lo que no entendí de niño. Mi curiosidad crecía. «¿Y qué hacemos aquí?», me pregunté. Mi padre se sentó a mi lado y el dueño del lugar frente a los dos.

—Alberto, tu padre me contó lo que te pasó hace ocho años en este lugar —me dijo mirándome con mucha curiosidad—. ¿Me puedes describir que fue lo que viste, por favor?

Claro que podía; los recuerdos de lo vivido sobre ese mismo suelo retornaron a mí desde que tomé asiento, como si el tiempo nunca se hubiera ido. «La imaginación de los niños es muy grande», siempre lo dijeron mis padres. ¿Qué tal si todo fue una exageración mía? Sin embargo, los premios existían, eso no lo pude inventar. Dije mi verdad, aun sintiéndome tonto al contarla. Le describí a José la fuente y sus adornos, los árboles, los caminos, las banquetas de mármol, y lo más importante, le describí con detalle a las personas que me hablaron, sus rasgos y sus ropas. Cuando terminé de hablar, sentí mi rostro caliente. José notó mi incomodidad, por lo cual fue de inmediato por un vaso de agua fría para calmarme. Entonces llegó su turno.

—Te cuento, Alberto, que mi familia heredó este terreno de mi tía bisabuela. —Se recostó y cruzó las piernas—. Ella fue la dueña original de la propiedad y la compró hace más de un siglo. Mi tía bisabuela vivía con su esposo. Se casaron con casi treinta años de edad aunque en realidad se conocieron desde muy jóvenes y eran novios de toda la vida. Estaban muy enamorados y querían formar una familia. Para ello, decidieron primero construir su casa. Compraron este terreno, que en ese tiempo estaba rodeado de campos verdes, pues el pueblo terminaba aquí.

Lo escuché, aunque no comprendía por qué me relataba la historia de sus parientes. Mis ojos buscaron la dirección del jardín que limpié de niño, pero unas cortinas colgaban desde el techo y lo escondían. Mi padre me miraba como si esperara que yo reafirmara todo lo que ese señor continuaba contando.

—Donde estamos sentados se erigía antes la alcoba principal, que se desmoronó totalmente hace ocho años. Ah, pero eso no era toda la hacienda —prosiguió José—, la casa era mucho más que esas habitaciones. Tenían un salón enorme donde estaba el descampado y una gran cocina cerca de la higuera que colinda con la vecindad donde ustedes viven. Ellos eran muy felices en este lugar, en su hogar. Lo más atractivo, solían contar mis abuelos, era el jardín inmarcesible que cuidaban como a un hijo. Sus caminos de mosaico entre el pasto llevaban a una pileta barroca adornada con estatuillas. Fue construida enteramente por mi tío bisabuelo como regalo para Inés, su esposa. Ella se encargó de sembrar plantas y flores que siempre embelesaban a los visitantes con sus aromas y se complementaban con la fuente.

Esas palabras me despabilaron como si me hubieran echado agua helada en la cara. Los pensamientos se entrecruzaron en mi mente y mis ojos vacilaban.

—¿Antonio e Inés ya fallecieron? —interrumpí contrariado.

—¿Eh? —profirió José.

Arrugó la frente y reflexionó. La pregunta no era difícil de responder, pero él continuaba pensando. Mi padre intervino.

—Debe ser, ¿verdad, José?

—Por supuesto —dijo, finalmente, reacomodándose en su sitio—. Si aún estuvieran vivos tendrían más de ciento cincuenta años. Además, la vida que les tocó vivir fue muy diferente y

complicada. —Y mirándome directamente, preguntó—: ¿Mencioné el nombre de mi tío bisabuelo?

—Creo que sí —respondí procurando no sonrojarme.

—Ok —dijo, pero no se veía seguro—. Antonio e Inés pasaban más tiempo en el jardín que dentro de la casa. Vengan, miren a través de la ventana —Se levantó y separó las grandes cortinas cremas que movieron nuestros cabellos al abanicarse—. Ese montón de piedras en el suelo formaba parte de la fuente de agua. Es triste pensar que la felicidad se puede escurrir de pronto, como el agua entre las manos. ¿No lo crees, Alberto?

—Supongo que sí —respondí—. Perdón, señor José, no sé qué decirle.

—No importa, Alberto. Tu padre me dijo que te gustan las historias. Me contó que cuando eras pequeño te escapabas por las noches para reunirte con otros niños a escuchar cuentos de terror, aunque regresaras asustado.

—Lo hacía, pero mi papá me lo prohibió —contesté.

—Sí —intervino mi padre—, pero eso no lo detuvo. Se escapaba con su hermana mayor.

—¿Lo sabías? —inquirí echando mis hombros hacia atrás.

—Claro que sí, hijo. Tu madre y yo siempre lo supimos. Por eso le pedí a tu hermana que te cuidara. Y mientras ella conversaba con sus amigos, siempre estaba pendiente de ti. Ella nos relataba las historias que contaban. Lo hacía al siguiente día, durante el desayuno, mientras tú aún dormías.

—¿Y la campana colgada en la puerta?

—Efectos dramáticos. Para darle más emoción a tu aventura. Hijo, no voy a negar que me preocupó verte asustado algunas veces debido a esas historias, pero era mejor dejarte aprender y compartir tiempo con otros niños que encerrarte en tu habitación. No hacías nada malo. Bueno, dejemos ahora que José nos siga contando lo que venimos a escuchar.

José sonrió al escuchar nuestro diálogo y luego prosiguió.

—Ah, sí. Entonces, mis bisabuelos:

»ellos pensaron que la felicidad nunca se alejaría y que su amor sería imperecedero. Y de alguna forma, así fue, por cinco eternos años. No se conoció pareja más dichosa en el pueblo. Habían ahorrado algo de dinero en ese tiempo y ya estaban listos para comenzar una familia. Pero antes de que sus planes se realizaran, las circunstancias políticas del país cambiaron repentinamente. Los problemas internacionales eran noticia diaria y la ambición de países aledaños crecía sin poder detenerse. Finalmente, lo inevitable sucedió. Estalló la guerra y Antonio tuvo que enrolarse, aunque no quería. Era una obligación y no había elección en ese tiempo. Él le prometió a Inés que volvería para continuar con sus planes y hacerla feliz, prometió que estaría a su lado por siempre. Ella lo besó junto a la pileta para despedirse y también hizo una promesa, prometió que lo esperaría allí para recuperar la felicidad que se les escapaba. “No hay obstáculo

que no pueda franquear por ti”, dijo él y en una mañana de abril, más de un siglo atrás, aquellas dos almas enamoradas se despidieron entre llantos infinitos.

»La comunicación se interrumpía constantemente y muchas de las cartas que se escribieron se perdieron para siempre. Las noticias y rumores de la guerra solo eran heridas abiertas en el corazón de Inés, que seguía esperando a su esposo. Gracias a las cartas que se salvaron conocemos la tragedia de su idilio y las peripecias que intentaron sortear en aquellos tiempos. Ellas narraban los sentimientos de amor que él le profesaba, siempre eran positivas, siempre prometiéndole volver, pero le ocultaban a Inés las tragedias que él vivía en ese infierno de pólvora, cañones y balas.

»Había pasado casi un año sin que se viera luz en el horizonte. Inés no dimitía, no lo haría nunca. Todas las tardes se sentaba junto a la fuente y soñaba con ver a Antonio aparecer, volver a ella, asomándose entre los campos verdes. Mientras esperaba cuidaba de su hogar. Este lugar continuaba siendo un paraíso que parecía ajeno a la tristeza del país en guerra. Mas una tarde llegaron visitas inesperadas. Eran la hermana de Inés y sus padres. No era una reunión familiar cualquiera. Tenía como fin sacar a Inés de la casa. La forzaron a acompañarlos contradiciendo su deseo. No le dieron tiempo de empacar mucho, no había. Los soldados enemigos estaban invadiendo el pueblo y los matarían si se quedaban. Inés obedeció entre lágrimas. Dejaron la hacienda abandonada, dejaron el pueblo y huyeron hacia una ciudad más al norte, donde la guerra no pudiera alcanzarlos.

»Antonio se había enterado del avance de los enemigos y contra las ordenes que tenía, dejó su puesto y retornó a este pueblo para proteger a su mujer. Cabalgó sin descanso, solo Dios sabe cuánto, y cuando su caballo estuvo exhausto, cruzó los cerros y atravesó los campos a pie hasta pisar el suelo de su hogar querido. Sintió el silencio frío que no pertenecía a su morada. Llamó a su mujer y sus gritos se mezclaron con los ruidos de las armas que sonaban como una tormenta lejana, una tormenta que se acercaba con rapidez.

»Entró en pánico, se oían tantos ruidos en el aire, en la calle, pero ninguno era la voz de Inés. Los ciudadanos y los soldados patriotas se preparaban para la lucha inaplazable. No eran muchos, porque la gran mayoría había sido enviada a defender otros pueblos. Antonio procuró componerse y adivinó que Inés había huido antes de que los enemigos llegasen. Ese pensamiento lo alegró; saber que ella estaría a salvo era lo único que le importaba. Inés dejó parte del dinero que ahorraron, y Antonio se apresuró a esconderlo en el patio, en un lugar donde los invasores no puedan encontrarlo. Después se preparó para la batalla. Se reunió con otros vecinos y soldados, las únicas personas que encontró cerca. Se armaron con todo lo que encontraron y se parapetaron en la hacienda. Esperaron la llegada de los enemigos, compartiendo una botella de pisco que les calentó la sangre y motivó su valor. Y entonces llegó el momento...

»Por el aire volaban las balas como pájaros de muerte, buscando sangre con que alimentarse. La contienda fue intensa y las municiones se desvanecían mientras cuerpos enemigos aparecían pavimentando los caminos a la hacienda. Era obvio que llevaban las de perder; los enemigos los superaban en número y se acercaban con cañones. Pero, a pesar de la desventaja, soportaron estoicamente. Varios guerreros patriotas cayeron muertos por los disparos que descascaraban las paredes y hacían trizas las ventanas. Antonio, viendo todo perdido, se acercó al más joven de todos, que era un soldado de, tal vez, dieciocho años. Estaba muy nervioso y con los ojos llorosos

porque había disparado su última bala y se sentía indefenso.

»“Debes irte”, le dijo Antonio. “Aún hay tiempo para que puedas huir. Cruza el jardín y salta el muro que verás detrás, los pastizales te cubrirán. Nosotros lucharemos hasta que se acaben nuestras municiones, te seguiremos después. Dile a mi esposa que la veré pronto, cuando toda esta maldita guerra acabe. Que me espere junto a la pileta que vio crecer nuestro amor”.

»El soldado se resistió. Aunque lloraba sin control, repetía que era su deber y que moriría por su patria. Antonio tuvo que ponerse muy agresivo y lo agarró a cachetadas, le gritó como a un perro hasta hacerlo dejar el lugar. En la hacienda quedaron Antonio y dos patriotas más. Los tres lucharon corajudamente, sus enemigos caían como moscas a los pies de las casas cercanas, pues escondidos en ellas también había ciudadanos que se quedaron a luchar. Pero, uno por uno, los fusiles patriotas se silenciaron. Antonio, ya sin municiones, luchó cuerpo a cuerpo con un enemigo que intentaba entrar por la ventana. Su vecino cayó cerca de él atravesado por una bala en el pecho, y el otro soldado patriota, aún de pie, disparaba las últimas balas al grupo de invasores, que, corriendo y también disparando, llegaban a la hacienda.

»Antonio, tras una difícil pelea, mató al soldado que lo atacaba, quien soltó su fusil al mismo tiempo que se desplomaba en el piso. Antonio no esperó ni un segundo. Tomó el fusil de su enemigo muerto y avanzó a paso ligero hacia la higuera. Disparó tres veces más con gran puntería y antes de que pudiera volver a hacerlo, sintió un calor doloroso en el pecho que llegó con un zumbido, y luego otros dos. La sangre se extendía sobre sus ropas, y cayó de rodillas al piso. Miró a su alrededor con la poca vida que le quedaba, disparó una vez más a sus enemigos, la última vez. Ahora estaba solo, mirando cómo el otro compañero también caía cerca de la puerta de la casa. Antonio se arrastró hasta quedar apoyado en la higuera, ya no podía respirar, sus ojos se cerraron mirando la fuente lejana, a muchísimos metros.

»Por la tarde, ese mismo día, llegaron los refuerzos. La batalla continuó dejando cientos de cuerpos de ambos bandos regados por el pueblo. La casa de Antonio sufrió muchos daños y una explosión destruyó parte de la fuente. Cuando los invasores retrocedieron y se marcharon tras varios días, había tantos cuerpos sin identificar que tuvieron que enterrarlos sin orden antes de que generen enfermedades».

—Pero ¿cómo pueden saber que pasó todo eso? —pregunté sin poder contenerme.

—Por el joven soldado, Alberto. El que dejó el lugar. Le contó todo a su hijo mucho tiempo después:

»él no huyó inmediatamente cuando Antonio lo obligó. Saltó la pared detrás del jardín, pero se quedó allí escondido, mirando por un agujero. Cuando Antonio murió, el soldado dejó el lugar corriendo por los pastizales antes de que los soldados enemigos lo encontraran. Estaba aterrado y conmovido por todo lo visto, había perdido a su padre, su única familia en el pueblo, y presenciado mucha más muerte. Volvió a unirse al ejército cuando el apoyo llegó desde la capital; y después de recuperar el pueblo, sintió que aquel lugar ya no era su hogar, sino un cementerio. No pudo encontrar el cuerpo de su padre ni el de Antonio, y toda esa situación lo había afectado mucho. Intentó encontrar a la familia de Inés, pero todos habían dejado aquel terruño y nadie sabía a qué lugar habían huido. Tanta muerte, tanto dolor. Decidió dejar la ciudad y se fue a vivir al

extranjero.

»Inés volvió a la ciudad apenas su familia lo creyó conveniente y seguro. Nadie le daba noticias de Antonio, y como él había abandonado el puesto que tenía durante la guerra en otra ciudad, su paradero era un misterio. Los que lo vieron estaban muertos, y el único superviviente, en el extranjero. Ella se quedó a vivir en su antiguo hogar, mientras el resto de sus familiares decidieron establecerse por siempre en la ciudad del norte. Inés reparó su casa poco a poco, y cada tarde esperaba sentada en el jardín a que Antonio apareciera. Así pasaron los años e Inés nunca se volvió a casar. Su pasatiempo era arreglar el jardín que construyó junto a su esposo.

»Aunque se la veía sonriente cada día, los momentos en que rebosaba felicidad eran contados. Le gustaba que su hermana la visitara con sus hijos. Inés jugaba con ellos en el jardín y se mojaban en la fuente. Pero ni estos momentos podían arreglar su corazón, que ya estaba quebrado. Es un dolor extraño, dicen, como un calambre. Aparece en soledad y no se puede ver desde afuera. Ya anciana y sin fuerzas, Inés dejó de cuidar el jardín. Su sobrina, Martha y su sobrino, Rodrigo, no la visitaban mucho, pues habían crecido y estudiaban en la universidad. El jardín se llenó de ramas y hierbas hasta el punto de que Inés ya no pudo entrar más ni sentarse en su banqueta.

»Era una tarde muy anaranjada cuando Inés recibió la visita de Martha y Rodrigo. La encontraron muy despierta, como si los hubiera estado esperando, y les pidió que la llevaran al jardín a dar una vuelta. Con ayuda de ambos jóvenes, se paseó por toda la hacienda. Miraba cada rincón con sus ojos gastados. Se detuvo junto a la higuera solitaria para recobrar fuerzas y acarició la corteza de esa vieja amiga. Continuaron la caminata y llegaron al jardín. Inés miró a Rodrigo y le tomó la mano. “Quiero llegar a la fuente”, dijo. ¿Cómo podría alguien negarle ese favor? Él abrió un camino a medias para hacerla entrar y limpió una banqueta donde la ayudó a sentarse. Martha esperaba afuera, había muchas ramas colgando y no era fácil ingresar, pero desde allí pudo escuchar a su tía susurrar: “Estoy lista para encontrarme con Antonio”. Su cara de mil arrugas se alisó; cerró los ojos y, no los volvió a abrir.

»Rodrigo cargó su cuerpo esquivando la vegetación que se volvía a cerrar detrás de él.

»Poco después de la muerte de Inés, en una mañana de domingo, recibieron la visita de un desconocido. Su nombre era Felipe y se presentó muy educadamente. Era el hijo del soldado que Antonio salvó durante la guerra. Él vivía en el extranjero, pero había decidido volver al país por la curiosidad de conocer y ver lo que su padre dejó atrás. Mi abuela Martha lo hizo pasar y él les relató la parte que faltaba en esta historia, aclarando todo después de muchos años.

»Mi abuela, Martha, se casó con un mercader y dejó la hacienda. Rodrigo, debido a sus estudios, también abandonó la hacienda y se fue a vivir a la ciudad. Muchísimos años después, mis padres demolieron más habitaciones dañadas y dejaron solo los cuartos que tú aún viste cuando eras niño. Ahora yo poseo la propiedad, he construido un hogar para mi familia y aquí estamos ahora.

José terminó la historia. Así lo conocí, y lo vería muchísimas veces más después de esa, más de las que alguna vez hubiera creído. Cuando la tarde le dio paso a la noche y los restos del jardín desaparecieron tras las enormes puertas de vidrio, mi padre y yo nos despedimos de él, que se

quedó parado en la puerta de su hogar mirando cómo nos alejábamos por la calle oscura.

«¿Entonces eran ellos? ¿Yo abrí el camino que volvió a unir su amor?», me pregunté. ¿Cómo se acepta algo así? No lo quise creer. Mi padre andaba igual de callado que yo. En su rostro se reflejaban expresiones mezcladas, supongo que en la mía también.

—Padre —dije al doblar la esquina—, ¿crees que vi fantasmas?

—No lo sé, Alberto —suspiró y me miró con querencia—. Nunca pensé que una situación así le ocurriría a alguien de mi familia, a mi propio hijo. No puedo responder a tu pregunta porque sigo dudando de mi respuesta. Lo que sí puedo decir sobre lo ocurrido hace ocho años, es que hiciste bien en ayudar a esa pareja

VII

—Hijos, el señor José quiere comprar la flor y las aves de metal de la antigua fuente — anunció mi padre una mañana.

Era muy temprano para sorpresas. Emily me miró con intriga, y sus ojos avizores parecían culparme. Se cruzó de brazos y volteó hacia nuestro padre.

—¿Por qué? —le preguntó haciendo muecas.

—Supongo que es porque esos objetos representan para su familia más de lo que significan para ti, Emily. ¿Acaso los extrañaste? Llevan ocho años metidos en una caja de cartón, en el ático. —Ahora nos habló a los dos—: Creo que ustedes han sabido vivir bien sin ellos. Pero si no lo quieren hacer, solo díganlo; los objetos son suyos, no míos.

—¿Y las monedas? —pregunté.

—Las monedas se quedan. «Un regalo es un regalo», ha dicho don José. ¿Saben cuánto valen? Las llevé a estimar hace poco; es mucho dinero. Pronto irán a la universidad y tal vez sea bueno usar parte de ese peculio para sus estudios. Lo que quede, lo podrán disponer ustedes como deseen, pero cuando sean mayores.

Aceptamos su propuesta y devolvimos las estatuillas sin pedir nada a cambio. Mi padre se encargó de llevárselas a José, pero después vino él en persona a agradecernos y a extender una invitación para toda mi familia. Iríamos a visitarlo a su casa a fin de mes.

Cuando el día llegó, nos acercamos a su hogar con nuestras ropas de domingo. Mis padres iban adelante, guiándonos. Después iban Sandra con su novio, y cerrando la comparsa familiar, íbamos Emily y yo. Había ruido cuando José abrió la puerta, dos niños y una niña correteaban sin descanso entre nosotros.

—Son los hijos de mis dos hijos —aclaró Irma, la esposa de José, que intentaba alcanzarlos, pero se detuvo a presentarse.

Y los dos hijos mayores, con sus esposas, conversaban amenamente en la sala; ellos se levantaron para recibirnos y nos introdujeron en su reunión. Pensé que habíamos conocido a toda la familia, pero fue la mejor equivocación de mi vida. La hija de Irma y José bajó las gradas del segundo piso haciendo sonar sus zapatos de correa y alumbrando el brillo de mis ojos con su vestido naranja. Una linda criatura dos años menor que yo, que me robó la concentración y se me presentó haciendo parpadear sus ojitos de miel. Pronunció su bello nombre, me pareció que solo para mí.

—Me llamo Flor Inés— dijo, y mi mundo se volvió suyo a partir de ese instante.

No pudimos conversar mucho. Primero, porque las palabras me faltaban, y segundo, porque José se acercó a mí y me llevó junto a un librero. Pero el tiempo me daría otra oportunidad

gracias a Emily, que se hizo amiga suya y hoy, esa niña es mi esposa. Mas esa es otra historia que no relataré esta vez. José me despertó.

—¿Recuerdas el día que viniste con tu padre y me contaste lo que viste aquí de niño?

—Sí, lo recuerdo— contesté sin perder de reojo a la bella Flor Inés.

—Pues yo no pude dormir esa noche. Necesitaba saber más. Busqué entre las fotos viejas, entre parientes que nunca conocí. Solo encontré una que me interesó sobremanera. Era muy antigua y estaba arrugada, pero todavía se podía reconocer a quienes aparecían.

José tomó un libro, sacó una foto de sus páginas y me la dio. Ver aquella imagen de tonos grises me hizo abrir la boca y parpadear descontrolado. Eran ellos, la pareja que apareció en la fuente. Estaban sentados en la banqueta de mármol, y a su costado, el agua salpicaba desde la flor y las aves, tal como lo vi años atrás.

—Tenías razón —dijo José—, todo lo que viste sí sucedió.

Y al decirme aquello, se dirigió a todos los presentes alzando la voz.

—Familia y amigos, no los haré esperar más. Síganme al patio.

Todos avanzamos hacia la puerta ancha de vidrio que se ocultaba con las cortinas cremas. Cuando José las desplazó, la invasión de colores y brillo contagió los rostros de los presentes como una explosión de emociones. Ellos contemplaron boquiabiertos el espacio verdoso, pero Emily y yo cruzamos la puerta para ver mejor.

—¡Es el jardín! — gritamos al unísono.

El agua transformó nuestros ojos en pequeños pozos de asombro y alegría. Era como viajar en el tiempo. La restauración fue tal que me fue difícil encontrar diferencias con mis memorias. Nuevos árboles crecían, las flores llenaban los arriates y una sonrisa exagerada adormecía mi cara.

—Utilicé todos los materiales originales que pude —explicó José mientras se paraba a nuestro costado—, y me ayudé con la foto y la descripción que tú me diste. Por eso necesitaba las aves y la flor de metal.

—Lo hizo bien, señor José —le dije—. Todo es tal como lo recuerdo.

Aquella tarde comimos en el patio, bebimos y reímos recordando siempre a los seres queridos que ya no estaban pero que nunca se olvidarían. Niños y jóvenes exploramos el jardín y la fuente, mojándonos con el agua fresca. Los colores de antaño, el dulzor de los frutos y las hierbas odoríferas revoloteaban junto con las aves. Y cuando el sol se ponía, sin que nadie lo notase, una pareja de amantes se sentó en una banca de mármol y miraban cogidos de la mano tanta felicidad en aquel jardín, en su jardín, que nunca moriría.

Fin



Acerca del autor

Niko Montemer

nació en Arequipa, Perú, en 1978. Estudió turismo, laboró como guía profesional por varios años y luego emprendió negocios propios en este mismo campo. Vivió en Canada y posteriormente en Alemania. Fue en Europa donde desarrolló su pasión por la literatura y la música.

www.niko-montemer.com